



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo



La vieja diablo

NO ERA EXTRAÑO QUE AQUELLA TARDE EL PADRE HUBIERA mandado a los niños a buscar leña al campo. Era cosa de todos los días, conocían bien el lugar, la leña se acababa rápido y era necesario prender el fogón para defenderse del frío.

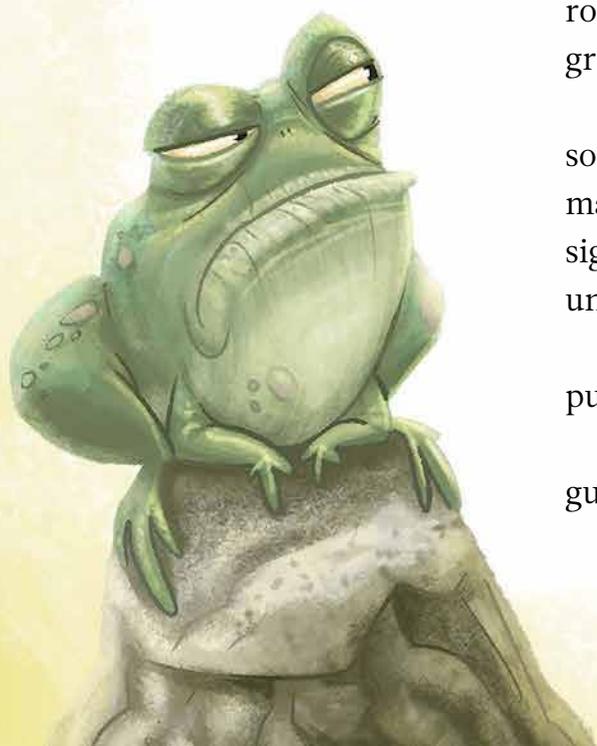
Los ponía contentos correr por el campo, ayudar a su padre, jugar mientras tanto y, en ocasiones, esconderse detrás de los árboles. El niño era apenas dos años mayor que su hermana y, como a muchos niños de su edad, le encantaba asustarla. Levantaban ramitas secas, pedazos de tronco y todo lo que sirviera para hacer fuego. De tanto en tanto creían ver un montón de leña a lo lejos y, cuando se acercaban, eran solo huesos blancos de caballo; entonces seguían buscando sin darse por vencidos. Y, otra vez, habiendo creído ver un cúmulo de leña descubrían que se trataba de un montoncito de cañas. Así el tiempo iba pasando.

Comenzó a oscurecerse el cielo. No había luna que se viera. Se hizo de noche y en medio de la oscuridad se dieron cuenta de que se habían alejado mucho y no sabían regresar. Estaban perdidos en el campo.

El hermano parecía tener menos miedo y, atento a las sombras de los árboles que se movían y parecían fantasmas, vio a lo lejos el reflejo de una luz blanca. Avanzaron siguiendo el reflejo de la luz. Era un rancho muy pobre con una chimenea humeante.

No necesitaron llamar pues no bien se acercaron a la puerta, salió una vieja.

—¿Qué buscan niños? ¿Qué los trae por acá? —les preguntó con una voz rasposa.



Los quechuas y los aymaras



La vieja era muy fea. La cara repleta de arrugas, una gran nariz ganchuda, pelos desgredados y una voz gastada que metía miedo.

—Buscamos un lugar donde quedarnos a pasar la noche, doñita. Estamos perdidos. Tenemos frío y hambre. Nuestro padre nos mandó a buscar leña y jugando se hizo la noche y perdimos la huella —respondió el niño resuelto a conseguir ayuda.

—Conque perdieron la huella —dijo la vieja frotándose las manos, y los invitó a pasar. Les ofreció carne y papas para comer y una cama para descansar. Pero la carne no era carne, sino sapo y las papas hervidas no eran más que piedras duras.

Llegó la hora del descanso. La vieja mandó al niño a dormir en un rincón oscuro y frío, mientras que a la niña, que era rosadita y regordeta, la llevó a dormir con ella.

Al día siguiente, el niño buscó a su hermana por todos los rincones de ese rancho horrible, pero no la encontró.

—Tu hermana fue a buscar agua al pozo —le dijo la vieja cuando lo vio inquieto, y le dio una calabaza para que él también fuera por agua.

Así fue que el niño fue al pozo, pero al llegar no encontró a su hermana, sino a un sapito que croaba sin parar.

—Croc croc croc, estás cargando agua en la cabeza de tu hermana —dijo—. Eso no es una calabaza, es la calavera de tu hermana donde llevas el agua.

Sorprendido, el niño prestó atención al sapito, que siguió diciéndole:

—No vuelvas a esa casa, la vieja es bruja, diablo. Como tu hermana era gordita y rosada, la vieja hambrienta se la comió. No vuelvas, no vuelvas.

El niño salió corriendo asustado, sin poder creer lo que el sapito le estaba diciendo.

En el camino se encontró con la vieja, que comenzó a perseguirlo porque, según parece, se había quedado con hambre. El niño corría desesperado mientras la vieja gritaba:

Los quechuas y los aymaras

—¡Esperá!, tengo algo muy rico para vos.

El niño no la escuchó y siguió corriendo. Corrió tanto que encontró el camino de vuelta y llegó a su casa agitado y lleno de miedo. Le contó a su padre lo que había pasado.

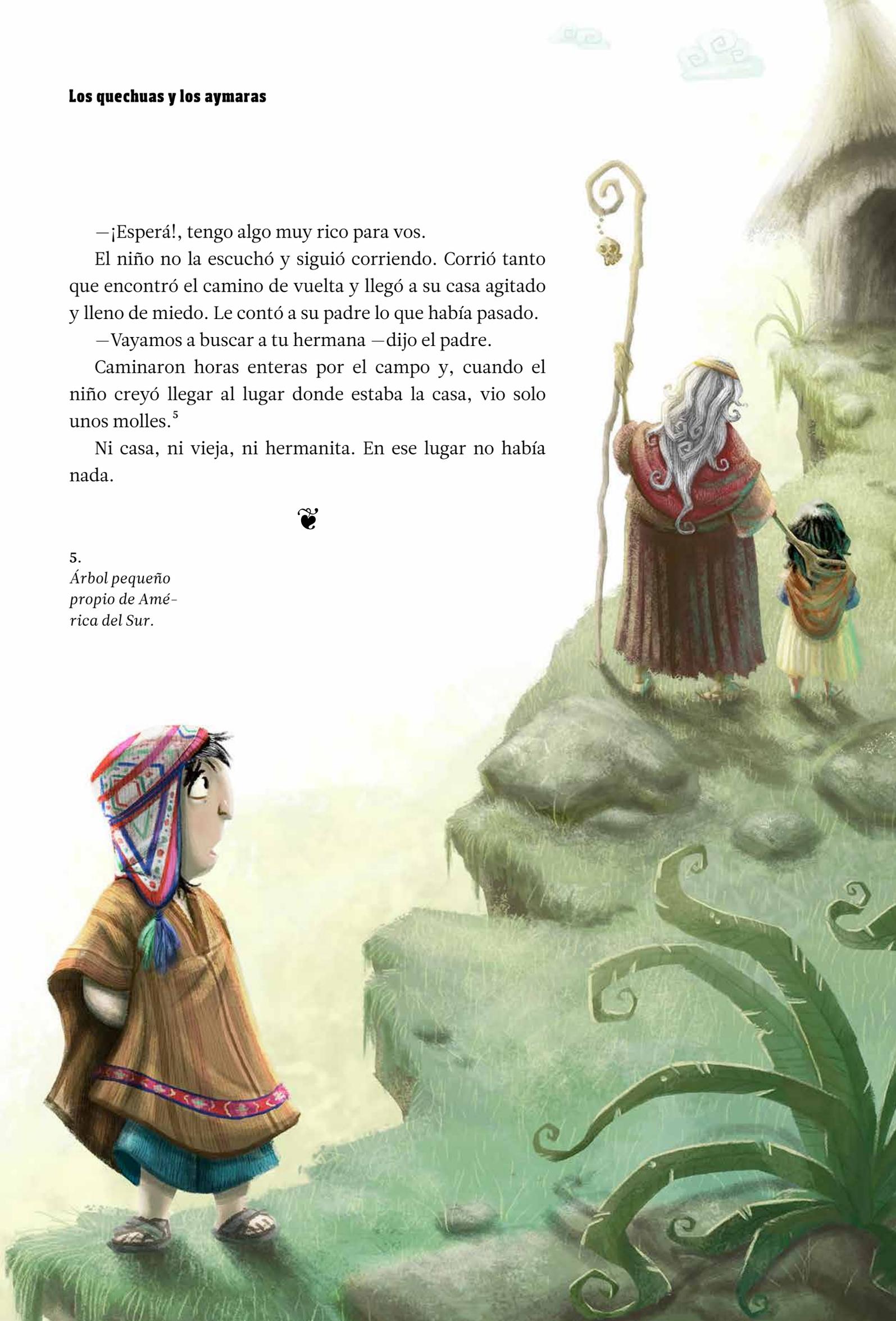
—Vayamos a buscar a tu hermana —dijo el padre.

Caminaron horas enteras por el campo y, cuando el niño creyó llegar al lugar donde estaba la casa, vio solo unos molles.⁵

Ni casa, ni vieja, ni hermanita. En ese lugar no había nada.



5.
*Árbol pequeño
propio de Amé-
rica del Sur.*





Coordinación editorial
Daniela Allerbon, Pilar Amoia

Redacción y compilación
Graciela Piombo

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Paula Erre y Javier Bernardo

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro
